

LOS CANDIDATOS: QUE LES PREOCUPA, QUE PROPONEN



Este comentario se basa en los discursos que los dos candidatos, contendientes a la Presidencia de la República, pronunciaron el día de su respectiva designación.

Tratamos de ver en esta primera declaración pública de cada uno lo que les preocupa del país y lo que proponen al país. Por supuesto que un solo documento, que debe tener un género literario acomodado a las circunstancias de la proclamación, no es suficiente para detectar las intenciones, análisis, propósitos, planes, etc., que los candidatos tienen. Este comentario no puede ser más que limitado y provisional y totalmente abierto a la corrección o retractación si los pronunciamientos posteriores proporcionan otra visión más matizada, profunda, o, simplemente, distinta.

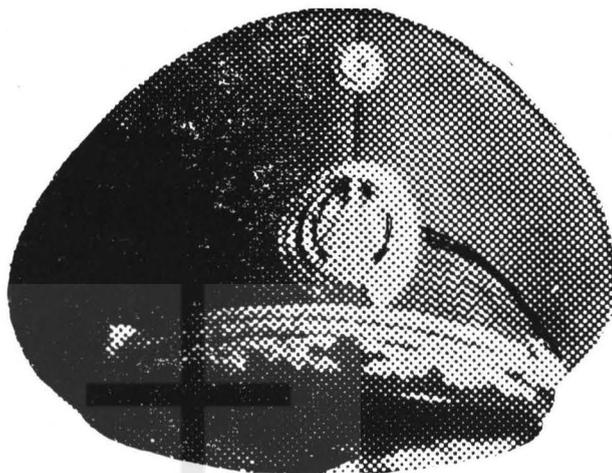
A la cuestión: ¿qué preocupa a los candidatos? la primera respuesta obvia es: ganar. Pero parece preocuparle más al candidato de la oposición (aquí: la oposición) que al candidato oficial, quizá porque la historia próxima de procesos electorales parece indicar que tener una mayoría de votos no es condición ni necesaria ni suficiente para subir al poder. Más importante es detentar el poder ya; y en eso, obviamente, la oposición está en desventaja. Esta especie de garantía de triunfo que da la posesión actual del poder político (al menos aquí en El Salvador; esta garantía no se dio en los Estados Unidos, donde acabamos de ver al Presidente perder la votación y perder la presidencia) confiere al discurso del candidato oficial un tono de seguridad en el triunfo, que no nos parece bravuconería injustificada, sino un conocimiento inconsciente quizá de la repetibilidad a voluntad de ciertos manejos electorales.

La oposición, en cambio, tiene que invocar al papel defensor de la Constitución, encomendado a la Institución de la Fuerza Armada, para que asegure como condición necesaria y suficiente de la toma del poder el resultado original de las urnas. Esto muestra el miedo, justificado o no, de la oposición a la institucionalización del manipuleo electoral.

Las otras preocupaciones, más generales o teóricas, si se quiere, de los candidatos tienen también un tono bien distinto. El candidato oficial se muestra preocupado por la unidad, la tranquilidad, la seguridad del país. Es en su breve discurso un tema recurrente y casi obsesivo. También le preocupa a la oposición la violencia, la represión, la inseguridad de las personas, que representan ausencia de tranquilidad y orden. Pero mientras la oposición trata de analizar y razonar cuáles son las causas de esta situación y las formas concretas que hoy en El Salvador toma la desunión, la intranquilidad y la inseguridad, el candidato oficial no deja traslucir cuál es su análisis de la situación, qué es lo que pone en peligro y dificulta de hecho la unión, la paz y la tranquilidad en El Salvador. En cierta manera su discurso parece no referirse explícitamente a El Salvador hoy, el temor del mismo podría aplicarse a cualquier país del mundo en cualquier época histórica, aunque como discurso pronunciado por una persona determinada en una coyuntura muy particular tiene connotaciones bien precisas para quien conoce a la persona y está al tanto de la coyuntura.

A la oposición le preocupa lo que llaman "grave crisis estructural e institucional", como epítome de los problemas socio-económicos y políticos que afligen al país. Su análisis se centra más en lo político y conquistativo (del poder) que en los problemas estructurales de orden económico y sus derivados sociales. Quizá así lo exigen las circunstancias de la lucha política, pero no deja de preocupar la poca convicción con que muestra el condicionamiento económico y social de la crisis institucional.

Preocupa a ambos el problema agrario, como no podía ser menos en las circunstancias presentes. Es ingenuo y parcial por parte de la oposición el atribuir el fracaso de la Transformación Agraria anunciada por el presente gobierno al hecho de haber tratado de afectar la mediana y pequeña propiedad; esto fue, sin duda, un buen pretexto para movilizar mayor contingente —y más rabioso— de oponentes. Pero, ¿hubiera sido menor la oposición de la gran propiedad, que es la que en definitiva doblegó al gobierno, si el máximo de tenencia permitida hubieran sido, por ejemplo, 200 manzanas? Estos análisis simplistas son quizá demagogias necesarias en la lucha política, pero no ayudan a comprender lo que realmente pasó.



El candidato oficial dice "si las estructuras agrarias tienen que modificarse en el régimen que deba de presidir. . ." Ese condicional nos desorienta. ¿No ha demostrado el presente gobierno que las estructuras agrarias sí tienen que modificarse, precisamente para tener tranquilidad, seguridad y desarrollo? ¿A qué viene ahora esa vacilación? Al reconocer que los sistemas de tenencia de la tierra son arcaicos, está reconociendo una situación objetiva que es fundamentalmente incompatible con la seguridad, el desarrollo, la superación del hombre salvadoreño que tanto le preocupa.

Hablan también, como no podía ser menos, de la democracia y la libertad. El candidato oficial sin más análisis sobre lo que el régimen democrático, que "no es una expresión retórica", significa hoy en El Salvador y sin una evaluación del grado de democracia alcanzado por el desarrollo político en El Salvador. La oposición apuntando su artillería pesada a los vicios que descubren en la versión autóctona de la democracia.

Vemos interés en los candidatos oficiales, cosa que quizá dan por supuesto los de la oposición, en apelar a la inteligencia y la razón, como fuerzas de unidad y progreso. Sobre todo en el candidato a la Vicepresidencia, que habla de "un sistema fundado en la razón y la justicia". Como universitarios que venimos sufriendo de tiempo acá la sinrazón y ofuscación, que nace de la defensa irracional de la injusticia, no podemos menos de alegrarnos al leer esas palabras, porque creemos que no hay fuerza más fuerte para la unión y la paz que la sinrazón de la injusticia.

La libre empresa es entre nosotros un poder que exige idolatría; los candidatos la dedican, por lo menos, su respeto reverencial, lo cual nos parece lógico, porque no se puede hacer campaña en contra del poder más fuerte de nuestra sociedad. El problema estaría en aceptar como válida e incontrovertible su ideología. La oposición no se define ante la ideología de nuestra empresa privada; el candidato oficial tampoco lo hace formalmente, pero profesa principios abstractos, que aunque ambivalentes a la hora de la aplicación, van en la línea de la aceptación y el acuerdo. Ambos deben darse cuenta que la aceptación de la ideología de la ANEP, dejaría al Estado castrado e impotente para realizar lo que dicen querer para el pueblo salvadoreño.

Las promesas son, como todo el tono del discurso, más abstractas y generales en el candidato oficial: vivir en paz para trabajar y prosperar, y más concretas y político-institucionales en la oposición: el estado social de derecho. Se habla de un "proceso de cambio y mejoramiento estructural de la nación" (no Transformación Nacional, ni referencia a las mayorías oprimidas, como preocupaba a este gobierno) por parte del candidato oficial y la promesa de un programa completo de gobierno para solucionar la actual crisis por parte de la oposición. Esta propone una reforma agraria, que respete al pequeño y mediano propietario, suficientemente discutida y con un apoyo popular mayoritario; el candidato de la o-

posición propone modificaciones, dialogadas, aceptadas por todos ("converger en un acuerdo fundamental") y eso sí "con decisión irrevocable". En el discurso suena bonito, cómo se podrá hacer esto en la práctica queda por ver.

Mientras la oposición nos promete acabar con el concepto y la realidad de partido único, el candidato del Gobierno nos hable del Partido (en mayúscula), refiriéndose sin duda al suyo y nada más, pero en un tono ("enérgico, vigoroso, fuerte") y en un contexto de nacionalismo, lider-azgo, seguridad, etc., que evoca en los suspicaces y conocedores de regímenes totalitarios dolorosos recuerdos y temores.

De todas formas los dos discursos son solamente el inicio de una campaña, que nos proponemos observar y analizar, donde se perfilarán las intenciones y propósitos, los planes y programas de ambos candidatos. En todo caso el pueblo, este sufrido pueblo al que se le dicen tantas cosas tan distintas y contradictorias, sabe penetrar más allá de las frases y discursos de campaña, recuerda, aunque no lo diga, los hechos y las personas y sabrá decidir quién de los dos tiene mejor intención y más capacidad de velar por sus intereses.

L. S.